

LA REVISTA ORIENTAL

PUBLICACION DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

REDACTORES: PEDRO XIMENEZ POZZOLO, EDUARDO P. FORTEZA, FERNANDO RIOS, ADRIANO M. AGUIAR, DIEGO CAPELLA Y PONS, JOSÉ A. DE FREITAS (HIJO) Y JUAN CARLOS CARVALHO

ADMINISTRACION

Calle del Uruguay núm. 411

AÑO I — NÚM. XV

SUSCRICION ADELANTADA

Cuatro números \$ 0.50

LA REVISTA ORIENTAL

MONTEVIDEO, OCTUBRE 22 DE 1885

SUMARIO—La guerra del Paraguay, por Adriano M. Aguiar — Leyenda (Continuacion), por Yvan — Oriental, por Rafael P. y Blanco — La góndola misteriosa, (Continuacion), Judit, por Pedro Ximenez Pozzolo — ¡Qué dulce es el vivir!..., por Isaías Ximenez — Desencanto, por Poder — A una amazona, viendo su retrato, por A..... — Anhele, por Manrique.

La guerra del Paraguay

No arrojará, cobarde, el limpio acero,
Mientras oiga el clarín de la pelea,
Soldado que su honor conserve entero!

Ventura Ruiz Aguilera.

¡Alzaos del polvo del olvido y venid á mí, manes guerreros de la patria mía! Alzaos sobre el campo de vuestras hazañas y venid á mí, sombras de bravos que vagais por nuestras yermas llanuras y verdes carrizales, cual fuegos fátuos en inmenso cementerio: tocad mi abrasada frente con el poderoso aliento que os sirvió para esculpir, con caracteres indelebles, vuestro nombre bendito en el libro de nuestra historia, y haced q' pueda yo cantar vuestro valor y vuestras proezas guerreras en un lustro de combates sobre esa tierra sin par que os alentó en su haz y que es hoy vuestro sudario!

El soplo ardiente de la guerra, con su corte de horrores cruzó airado del Sud al Setentrion, y la impía guadaña de la muerte, segó complacida lo mismo á los jóvenes que á los viejos de mi patria!

Guerra de esterminio; años de perdicion para el suelo paraguayo, en los cuales la caprichosa y fúnebre deidad, sembró luto,

espanto y desesperacion. Cinco años duró la gran epopeya de nuestro encarnizamiento y á pesar de nuestros inexpertos y bisoños soldados, ofrecimos al mundo espectáculo imponente de continuo batallar, midiendo rudamente nuestras armas contra tres naciones y regando con sangre generosa el árbol de nuestros laureles.

Las negras huestes del único imperio de la América se desgajaron sobre nosotros como una tromba, y argentinos y orientales, el Plata entero subieron en inmensa marea para ahogarnos con sus oleadas de hombres.

La historia de nuestros desastres seméjase al recuento de las olas de un mar agitado en horrenda tempestad; unas con otras chocan y se estrellan dejando una voráGINE de hirviente espuma, que el contar es delirio y el describir es quimera. Campo inmenso de una serie no interrumpida de escaramuzas y emboscadas, de sorpresas, acciones y batallas es la tierra paraguaya, tan asolada por la devastadora llama de una prolongada guerra.

Cada sol alumbraba un nuevo encuentro, cada noche cobijaba en sus sombras la tumba de cien héroes.

«Yátay», vió blanquear sus verdes alturas con los huesos de mil valientes. «Húmaitá», conserva profundas y sangrientas huellas de la metralla enemiga en sus calles y fortificaciones.

La laguna «Verá» presenció, teñida de rojo, aquella retirada inmortal ejecutada en noche sombría á través de un círculo de hierro y de fuego, en la cual se luchó brazo á brazo por la victoria, sin que las heridas enerváran el arrojo de nuestros bravos.

El puente de «Acáyastú» cuenta con asombro nuestro impetu en la carga que nos dió la victoria; las riberas de Itorobó,

nuestro noble ardimiento, y las aguas de nuestro río nacional el ejemplo insigne de un ataque nocturno en débiles piraguas, donde doscientos leones, desnudo el pecho y el sable en los dientes, van buscando al enemigo tras la férrea coraza de sus navíos.

«Curupaytí» soportó formidable el peso de una batalla infernal.

En aquella jornada de gloria vió sus trincheras retemblar al estampido del cañón, al éco múltiple de las trompetas tocando al asalto y á degüello, al choque de los aceros á los ayes de los moribundos, á los vítores del vencedor, día memorable, que escribió con caracteres de fuego en la frente de los aliados, nuestro triunfo sangriento y su batida tremenda.

Pero, ay! la hora fatal de la derrota habia sonado en el reloj de nuestro destino.

Desde el sangriento choque de «Tatayiba,» donde luchamos uno contra cinco, se eclipsa para siempre nuestra estrella y, en adelante, ocultándonos los fulgores de la gloria, solo el ángel de la muerte se cernirá con sus negras y pavorosas álas sobre nuestro ejército. Y sin embargo, los reveses no nos desaletaron, y cada campo, cada paso, cada estero, cada arroyo, cada monte, fué testigo de un hecho de armas que puso á prueba nuestro valor.

Se amenazaba nuestra independencia. El cielo rojizo, con resplandores de sangre, el vuelo de las espantadas aves y el estruendo de las armas por todas partes anunciaban guerra; la espada del vencedor centelleaba ya en nuestros caminos, las llamas del incendio se alzaban sobre el techo de nuestros hogares, y la voz de la patria, rugido de león, resonando en nuestro corazón como un clarín guerrero nos llamaba á la pelea, por eso, nos levantamos unidos, compactos, como un solo hombre en contra del invasor, dando pruebas de un valor, de una constancia y de un patriotismo de que ofrecen pocos ejemplos los pueblos modernos.

Ruda y porfiada fué la contienda.

El ejército paraguayo descalzo sobre el duro suelo, desnudo bajo la inclemencia del cielo, estenuado de hambre y de fatiga, falto de recursos, sin sal para sus alimentos, sin medicinas en sus hospitales, organizándose durante la batalla, rehaciéndose

en las derrotas y siempre rechazado pero, jamás rendido, vivaqueaba en su patria, cual los guerreros Hunos, sin reposo, mientras que su jefe supremo, con rasgos de verdadera demencia, conjuraba con rezos el peligro, con intrigas los desastres, con banquetes las derrotas.

Cuánta bravura á los piés de un tirano sanguinario! Qué resignacion al servicio de la hidra hipócrita de la tiranía y de la envidia, que, como si tres ejércitos enemigos, reunidos, no bastasen para aniquilarnos, revolvía odiosa sus cien cabezas y nos devoraba el corazón! Triste destino el de nuestros noveles guerreros, heroísmo osuro y oscuro sacrificio desaparecer devorados por el mónstruo horrible de las batallas al servicio del más nefando de los déspotas!

Las llanuras y densos pajonales que nuestros bravos azotaban con su coraje, los esteros donde se ahogaban, las cumbres en que se parapetaron, fueron panorama de la más negra ingratitud, y los arroyos y las selvas que con su sangre enrojecieron, en grito de indignacion sublime, murmuraron de la crueldad y de la barbarie de Lopez II.

Y nada importó que perdiéramos una accion tras otra accion, que fueran arrasados nuestros campos, talados nuestros bosques y tomadas nuestras posiciones y nuestras aldeas, nuestro denuedo y nuestro teson al batirnos fué siempre el mismo haciendo morder el polvo del combate en aquella lucha sin fin y sin cuartel, á la flor de las tropas enemigas.

Se decia que el ejército paraguayo estaba roto, disperso, aniquilado, y al otro día, salia de la maraña del bosque para presentar nueva batalla, renaciendo como el Fénix de la fábula, de sus propias cenizas.

Jamás rehusó el combate, ni contó el número de los que le asaltaban y, para terminar aquella sangrienta cadena de mortíferos encuentros, fué preciso que acabasen con el último de nuestros soldados. Sólo así pudo terminar aquella lucha homérica y cuando, tras heroica resistencia, allá en las cumbres de Itâ Ivaté aparece flotando por última vez al viento, entre el humo del combate, nuestro pabellon de guerra, cuando, por última vez el éco del cañón hace estremecer con su potente y prolongado trueno, nuestros valles ignorados y nuestras vírgenes selvas, el

mundo entero con admiracion nos contemplaba y nos saludaba sinó vencedores, mártires.

Y no podia ménos de ser así, porque un pueblo que se creía débil y afeminado y que combatió con tal energía con tal heroísmo, es un pueblo digno de respeto

En mortal marasmo nos sumieron las profundas heridas recibidas en la larga lucha en que fuimos diezmados por la superioridad de las armas y aplastados por el número; pero, aquellos dias de luto y de desolacion pasaron para no volver.

No hay un rincón en la tierra, por ignorado que éste sea, que escape al soplo vivificador del progreso, poderosa palanca que impulsa á un mismo tiempo á todas las naciones extendidas por la faz de la terráquea esfera.

A su vigoroso impulso el Paraguay renace á la vida y á la libertad para ser en día no lejano grande y feliz y para poder tomar parte en el concierto de las naciones en el libre continente sud-americano.

Y ya no serán un mito los divinos lemas de su escudo *Paz y justicia, Vencer ó morir*, por que cuna de valientes sus hijos, doquiera les arroje la ola incierta del destino saben guardar siempre puras en el fondo de su corazón dos joyas preciadas: la veneracion á sus antepasados y el recuerdo de la patria!

¡Dormid en paz, héroes legendarios de una epopeya inmortal, que hicisteis reverdecer en vuestra frente los lauros que luchando por su independencia, alcanzaron nuestros padres en las jornadas gloriosas de Tacuary y Paraguay! Dormid en paz, héroes ignorados de mil combates, que no visteis la gloria en las batallas porque nubló vuestra vista la sangre de vuestras heridas, y á quienes en manotada gigantesca arrebató la muerte en el fragor de la pelea; un día al evocar vuestro recuerdo, los peregrinos bardos de la historia narrarán vuestras guerreras campañas, y la patria agradecida os alzaré marmóreo, sagrado monumento que conmemore vuestra intrepidez y vuestro cruento sacrificio, digna apoteosis al valor desgraciado, rayo de luz que cayendo sobre vuestra oscura tumba

ilumine uuestra grandeza y os haga vivir la vida radiosa de la inmortalidad.

Adriano M. Aguiar.

Montevideo, Setiembre 23 de 1883.

Leyenda

(CONTINUACION)

II

Aminda se hallaba en esa edad en que el corazón siente necesidad imperiosa de amar, en que parece que el alma se abre á nueva vida y vé colores nunca vistos, y escucha armonías nunca sentidas.

En esa edad en que se siente necesidad de mezclar al nombre sublime de Dios, el nombre del sér que primero hace latir el corazón, haciéndole comprender un mundo de delicias hasta entónces ignoradas.

En esa edad en que se mira todo, bajo el prisma de lo bello, en que no se cree que tras una hermosa flor pueda ocultarse una sierpe, ni que tras una dulce palabra pueda ocultarse el veneno.

Entónces no se comprenden las palabras traicion, maldad, perfidia, engaño... y solo se comprende la rotunda y bonita palabra verdad, cuya práctica es quimérica en la tierra.

La palabra amor suena en los oídos, como un algo que no se puede valorar por su sublimidad y grandeza y que sin embargo se anhela sentir con toda la vehemencia del corazón, pronto á probar sus amarguras y todas sus felicidades.

Es muy dulce sufrir dolores de amor, dicen algunos.

Los que ponen tal idea en ejecucion me hacen recordar á los domadores de fieras, que encuentran verdadero orgullo y placer en penetrar en las jaulas de hierro en que éstas se hallan aprisionadas, para jugar con ellas y acariciarlas, sin pensar que por ellas mismas han de ser devorados.

Lo que más abunda en el mundo, son los espíritus cobardes y los corazones débiles, que se dejan avasallar por las fuertes pasiones convirtiéndose conscientemente en sus tristes víctimas.

Más al decir esto, no fulmino mi anatema contra los espíritus que sesacrifican en aras de un amor desgraciado; porque mu-

chas veces en medio de su aparente debilidad guardan mucha valentía y virilidad; porque son espíritus que sehan encarnado, solo para correr tras el ideal del amor, corazones que laten al soplo del amor, vidas que nacen y mueren amando con delirio.

Parece que Dios marcara á cada personalidad humana, su mision en la tierra; parece que dijera á unos: vosotros habeis nacido para amar y consumiros llorando, en el fuego de vuestro amor; á otros, vosotros habeis nacido para admirar al mundo con las creaciones de vuestro genio; á otros, vosotros habeis nacido para dar un gigantesco impulso al mundo de las ciencias, etc., etc.

Aminda era uno de los seres destinados por Dios para amar y consumir su vida en la voraz hoguera de la pasion más grandiosa y más pura.

Sentía en su alma la nostálgia del amor, esa enfermedad abrumadora del espíritu, que se exterioriza por medio de suspiros entrecortados, que se pierden entre los pliegues del viento, y lágrimas furtivas, que se derraman en el silencio de la noche y que se evaporan al calor del rostro calcinado por la fiebre del delirio.

Se levantaba con la alondra, que al primer beso del sol entonaba sus más melodiosos trinos, saltando alegre por entre el follaje de un ombú, que se ostentaba erguido como un guardian de aquella solitaria choza.

Aquella alondra era su más tierna compañera, era considerada la mensajera de su dicha.

Cuando comenzaba á clarear el dia, Aminda abandonaba el lecho y salía á pasearse por debajo de los árboles, para respirar el ambiente perfumado de la mañana, experimentando verdadero deleite, sintiendo ensancharse sus pulmones, y así como el cielo recibía oleadas de luz, su espíritu recibía oleadas de vida.

La alondra, al verla, gorjeaba alegremente y revoloteaba á su alrededor, rozando sus cabellos con sus alas, y pareciendo querer posarse en su hombro, para recibir las tiernas caricias de sus manos, que con acendrada solicitud y anhelo se extendían para acariciarla, experimentando verdadera angustia al ver frustrados sus deseos.

Aquel ángel compartía todo su cariño

con las avecillas que venian á cantarle y con las flores de su pequeño jardin, que cuidaba con la misma solicitud y cariño que á aquellas.

Una tupida madreSelva trepaba entrelazada con una yedra por las paredes de la choza, cubriendo parte de su techo y engalanándola con sus flores, que parecían regalar al ambiente sus más aromados perfumes.

Ambas plantas semejabán dos seres humanos que escondían entre sus brazos con paternal cariño, aquella modesta vivienda.

III

Cierta noche, apacible y serena, en que la luna derramaba sus melancólicos fulgores sobre la tierra, que parecía recibir con verdadera efusion los besos de la casta diosa de la noche;—y en que las avecillas cobijándose en sus nidos habían extinguido sus cantares en el bosque cercano, reinando mudo silencio en derredor de aquella rústica choza, se hallaba Aminda apoyada en el marco de la única puerta de entrada que tenía; vestida de blanco, con la cabeza apoyada en la mano derecha, en actitud meditabunda, pareciendo, vista de lejos y sobre el fondo de la luz que iluminaba el interior de aquella morada, un sér fantástico, un ángel descendido del cielo, que satisfecho de haber cumplido su generosa mision en la tierra, se dispusiera á tender sus alas más blancas que las eternas nieves del Himalaya, para volar y regresar á las espléndidas regiones de su celeste patria.

De cuando en cuando, se percibía interrumpiendo el eterno y vago murmullo de las quejumbrosas ondas del rio Uruguay, que se arrastraba á un cuarto de milla de distancia, el aleteo del pájaro dormilon, que pasaba describiendo círculos y cazando al vuelo los insectos nocturnos que le sirven de sustento, y el de la lechuza, el ave agorera de nuestros campos, que lanzaba á los vientos á largos intervalos, chillidos ásperos que hacían estremecer nerviosamente á Aminda, absorta en la contemplacion del cielo y abismada en profundas reflexiones.

Después que el ave fatídica de cantar siniestro, había pasado, interrumpiendo su místico arrobamiento, Aminda decía con infinita amargura:

—Ah! ¿esta ave maldita, que vive en los cementerios, no querrá predecirme con su aterrador canto, tormentosos dias de dolor y de desesperacion?

Permanecía un rato muda, como rebuscando en su imaginacion excitada por la fiebre de la supersticion, una pregunta á aquella interrogacion que ella misma se habia hecho; y de pronto, alzando con viveza los ojos al cielo como si en él fuera á leer lo que iba á decir, replicaba:—No, no puede ser... estoy desvariando... debo de tener fé ilimitada en Dios... porque Dios es tan bueno...

(Continuará).



Oriental

Hurí hermosa
de Granada,
la flor bella, más preciada
de su encantador jardin,
la de rubia
cabellera,
la gentil cual la palmera,
la de aliento de jazmin,

¿Por qué esquivas
la ternura
del que canta tu hermosura,
del que te brindó su amor,
del que siempre
presuroso
viene por ver tu fulgoso
mirar puro, encantador?

¿Por qué cierras,
¡ay!, tirana,
si yo paso tu persiana
con implacable desden?
¿Quién, di, causa
tus enojos?
¿Quién te roba de mis ojos,
hada hermosa de este eden?

Si supiera
que tu mano
pretendiera algun villano,
robarne tu corazon,
por Mahoma,
te lo juro,
que este alfanje corvo, duro
dél no habria compasion.

¡Ah! malhaya
sea la hora
en que, desdeñosa mora,
por primera vez te vi!.....
Mi zozobra
sigue en tanto.....
No ve término el quebranto
de este infortunado Alí!

Es tan grande
mi tristeza
que olvidando la firmeza
que en mil riesgos ostenté,
por ti anoche
de mis ojos
(á mi faz vienen sonrojos)
duro llanto derramé.

Ven, mi mora,
Ven, sultana,
alza tu verde persiana,
sal á oír á tu amador,
pues por verte
con clamores
suspiran auras y flores
como suspira mi amor.

¿De mi guzla
los sonidos
¡ay! acaso van perdidos?
¿No te es grato mi trovar?
Tu promesa
tan preciada,
¿dónde está, mujer amada?
¿Por qué aumentas mi penar?

¿A qué entónces
me engañaste
cuando plácida guardaste
las prendas de mi pasion,
flores tiernas,
regaladas,
por ti tan sólo arrancadas
de mi amante corazon?

No me escuchas,
mora hermosa.....
Pues te empeñas rigurosa
en ocultarte de mí;
pues no sales
á esa reja
á calmar la tierna queja
de tu dulce amante Alí;—

Alá, ingrata,
 fiel te guarde.
 ¡Quizá arrepentida tarde
 llores tu altiva esquivéz!
 ¡Quizá llores,
 cruel sultana
 sobre mi tumba mañana
 al salir á ese ajimez!

Rafael P. y Blanco.

La góndola misteriosa

(CONTINUACION)

J U D I T

Al decir estas palabras Débora, se hallaba profundamente conmovida.

Sus miradas eran relámpagos y los movimientos acelerados de su pecho, agitado como el oleaje de los mares, revelaban la tempestad que se desencadenaba en su corazón.

Con la cabeza inclinada sobre el pecho y con el índice colocado sobre el lábio inferior, como si quisiera obligarlo á que silenciara lo que iba á decir, estuvo un instante.

Después como iluminada por una idea súbita, desplegó los labios como para hablar; pero se contuvo y siguió guardando silencio.

Entonces, pareciéndome que era á mí á quien tocaba interrumpirle le dije, tratando de que sus pupilas se encontraran con las mías:

—Débora, ¿no sería indiscreto si le preguntara que es lo que me iba á decir?

—No me interrumpa, me dijo con sequedad. Si quiere saber mi historia tenga un poco de paciencia y escúcheme, que después de concluido mi relato tendremos tiempo de dialogar.

Estas palabras, dichas con tono desabrido é imperativo, me causaron extrañeza, y aunque no comprendía la razón de cambio tan repentino, agregué, con arrepentimiento:

—Perdóneme si la he causado molestia; no ha sido mi ánimo contrariarla en lo más mínimo; así es que la escucho.

—Usted es que debe disculparme por la aspereza de mis palabras, me replicó. ¡Ay! cuando se sufre como yo sufro, parece que hasta se ofusca el sentido y no se sabe lo

que se dice. Pero volvamos á mi historia que estoy ansiosa de terminar, pues me parece que su narración ha de aliviar el pesar que me oprime el corazón.

Al decir estas palabras, apartó con su mano nacarada las ondulantes hebras de oro que caían sobre su frente alabastrina, como si quisiera borrar de ese modo alguna sombra que cruzara por su pensamiento febril, y después agregó:

—No lejos de la casa que habitábamos en Roma y en la época en que empieza mi relato, vivía un comerciante llamado Luis Sforza. Su esposa al apartarse para siempre de este mundo le había dejado su retrato en su hija *Judit*, única que hubieron en su matrimonio.

Judit tenía la misma edad que yo, y era también romana.

Si ha habido amistades estrechas, no habrá habido ninguna que lo haya sido más que la que nos ligaba.

Nuestras resoluciones y nuestros pensamientos siempre estaban acordes, aunque el modo de sentir de ambas era muy diverso.

Nuestros retratos eran tan distintos que no podían serlo más.

Judit era tan pálida y morena, como yo blanca y rosada. Más bien que nacida bajo el cielo de Italia, parecía hija de Andalucía.

Su conjunto era hechicero, irreprochable. No había nada en él que no fuese armónico.

Su frente era pálida, ebúrnea, como la de las figuras del Ticiano

Sus cabellos eran de ébano.

Sus labios de grana.

Sus ojos negros como la noche.

Su cuello de alabastro.

Su talle flexible y esbelto como las palmas.

Su voz era dulce, argentina, atrayente, encantadora.

Su sonrisa impregnada de ternura, era como la realización de un ensueño.

Su mirada, como el relámpago en noche tempestuosa, alunbraba y deslumbraba.

Sus ademanes eran airoso y delicados.

Sus pensamientos, castos y sencillos, se traducían en su palabra pura como la verdad.

Su imaginación era pronta y brillante.

Su corazón un Etna; pero un Etna de

fuego vivificante y suave como la luz de los cielos.

Todo, todo en ella respiraba la gracia y gentileza.

El cariño que me unía con Judit era tan puro, tan ardiente y tan sin límites, que no encuentro frases con que manifestarlo.

La casa de Judit era como mi casa y la mía era como de ella. Cuando no estábamos juntas, nos parecía vivir en el destierro. Éramos como Cástor y Pólux.

Yo por ella hubiera dado mi vida, y ella por mí habría dado su salvación.

Y hubiera sido interminable nuestro cariño si la maldad no se hubiera cruzado entre nosotras para destruir nuestra dicha y aislarnos de toda ventura, de toda felicidad.

En todos mis recuerdos de Roma no encuentro un solo recuerdo dichoso que no vaya unido al nombre de Judit. Más ¡ay! tampoco encuentro una memoria amarga á la que no vaya unido su nombre!

Al acordarme de Judit quisiera no haberla conocido, ó que al conocerla me hubieran arrancado del pecho el corazón!

Sí, ántes que sufrir la agonía que he sufrido en diez años de muerte, hubiera dado mil veces la vida!

Recien, recien vamos á dar el primer paso en la senda de mis interminables sufrimientos.

Al avanzar mi pensamiento dudo y vacilo, como si temiera caer nuevamente en un abismo de maldición; siento que la anemia se apodera de mi cuerpo, y que la resolución de la voluntad huye apresurada de mi corazón.

Apuraré el acíbar sin descanso. ¿Qué más remedio me queda?

Al hacerse esta pregunta Débora hizo una pausa, y tocando un boton colocado al costado de una de las celosías, esperó.

Como brotada de la poderosa vara de la mágica Armida, apareció ante nosotros una doncella, vestida con un traje sencillo y vistoso, que haciendo una cortesía esperó los mandatos de su señora.

—Trae unas tazas de café Corina, le dijo Débora.

—Está bien, dijo la muchacha, y desapareció como una sílfide entre la union de las cortinas que cerraban la entrada del camarín.

(Continuará.)

¡Qué dulce es el vivir!..

¡Qué dulce es el vivir cuando en el alma
Se alberga la ilusion,
Y en afecciones tiernas late en calma
Feliz el corazón!

¡Qué dulce es el vivir cuando la vida
Sentimos deslizar,
Cual barquilla que boga adormecida
Sobre el tranquilo mar! . . .

¡Qué dulce es el vivir, ángel querido,
Poseyendo tu amor,
Y mirando en tu rostro bendecido
La luz de tu candor!

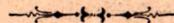
Más; ¡qué triste es vivir si falta al alma
La esperanza y la fé,
Y del pecho doliente huye la calma
Que apetece y no vé!

¡Qué triste es el vivir cuando el invierno
De la duda fatal,
Tiende su manto de dolor eterno
En el alma inmortal!

¡Qué triste es el vivir para el que sabe
Que no es amado yá,
Y su vida la pasa como el ave
Sin saber donde vá! . . .

¡Qué triste mi vivir si en cruel mudanza
Te escuchara decir,
Que no me amabas yá; y sin esperanza
Qué triste es el vivir!

Isaías Ximenez.



Desencanto

Cuando risueño y puro despierta el día,
Y el espacio se inflama con luz radiosa,
Y brota de los nidos dulce armonía,
Que propaga la brisa, suave, aromosa,
Mi alma oprimida. volar quisiera
Por la brillante, cerúlea esfera
De la ilusion;
Más ay! la amarga verdad severa,
Corta los vuelos del corazón!

Cuando el astro del día media en el cielo,
 Y la natura aspira su luz bendita,
 Por los poros sutiles de etéreo velo,
 Donde el átomo vaga, rueda y palpita,
 No sé que amargo presentimiento,
 Triste y helado como un lamento,
 Me viene á herir.
 ¿Por qué las lumbres, al pensamiento
 Si son la vida, dicen: morir?

Cuando la dulce y bella noche de estío
 Llega, sobre las alas de aires errantes,
 Envuelta en su ropaje triste y sombrío,
 Salpicado de estrellas, como diamantes,
 ¿Por qué vibrando mi pobre lira
 Entónces llora, canta y suspira
 Cruel torcedor?
 Es que las sombras que el aire gira,
 Son ¡ay! oscuras, cual mi dolor.

Poder.



A n h e l o

Quisiera, niña hermosa
 La de sonrisa pura
 La de los ojos bellos,
 De angélico mirar,
 Que en estas pobres notas,
 Que arranco de mi lira,
 Mi ardiente amor supieras
 Feliz interpretar.

Quisiera, sí, quisiera,
 Que su sonido ingrato
 Cambiárase de pronto
 Por dulce vibracion,
 E hiriendo tu sentido,
 Al alma te llevara,
 La sensacion que agita
 Mi pobre corazon.

Entónces, cuando llenas
 De amor nuestras dos almas
 Al corazon le dieran
 Idéntico latir,
 Mi vida se vería
 Colmada de esperanza.....,
 Las horas se pasáran
 En grato discurrir.

Entónces, ahuyentadas
 Las sombras de la duda,

Que silenciosas cruzan
 En torno de mi sér,
 Vería los celajes
 Colmados de ventura
 Que ráfagas de dicha
 Dejáranme entrever.

Vería realizados
 Los inefables sueños
 Que concebí en las horas
 De mi dichosa edad,
 Y que al querer tocarlos
 Huyeron presurosos
 Dejándome rodeado
 Por densa oscuridad.

Vería, sí, vería,
 Do quiera que mirase,
 De la esperanza cierta
 El grato resplandor,
 Por que mi alma entónces
 Tan solo iluminara
 La lumbre codiciada
 De tu celeste amor.

Manrique.



Á una amazona

VIENDO SU RETRATO

En la gentil apostura
 De esta amazona tan bella,
 El vivo rayo destella
 De un sol, que dichas augura;
 Y su célica hermosura,
 Más fulgente que una estrella,
 Tal anhelo en mi levanta,
 Qué por estar cerca de ella
 Para gozar en luz pura
 Quien enamorado canta:
 Quisiera ser la herradura
 Que se ostenta en su garganta.

Montevideo 1885.

A.....

Tipografía Oriental, calle 33 núm. 112.